

Pequeña antología de Amparo López Pascual

NOCTURNO

Sentir cómo a tu lado
alguien sigue despierto
y simula que duerme.
¿Sabrá que yo tampoco
duermo? Cuento las horas.
¿Podremos algún día
acompañar el sueño,
la vigilia, la sombra
de nuestro viejo cuervo
que al cabecero vuela
cada noche y que reza
por nosotros, mendigos?

(De *Restos de una ciudad vencida*, Bermingham Editorial, 2015)

ELIJO LA CLAVÍCULA

En la mano del arqueólogo la clavícula parece
una cruel interrogación. Las muescas, las señales
de haber sido pelada por dientes conocidos

aumenta su valor; nuestros antepasados
eran meticulosos con la escasa comida.

Quizá lo que interpreta como canibalismo
no fuera más que un exceso de amor
y él o ella, a falta de palabras,
se dejaran llevar por la nuez de la boca,
primera forma de conocimiento
muy primitiva pero elemental.

Sobrevivir a la desconfianza.

Nadie puede negar su belleza de hueso de mujer
antes de la primera muerte, finísimo pincel del corazón al hombro.
De ahí nacen las alas.

(De *Restos de una ciudad vencida*, Bermingham Editorial, 2015)

DE NOVIA

(Un vestido que una vez fue cuerpo)

Mi abuela hacía un nido
de su cabello para los gorriones.
Doblaba su vestido de novia cada invierno,

lo llenaba de naftalina
para preservarlo de las polillas,
lo envolvía en papel de seda
crujiente y lo enseñaba
de prueba a las visitas.

Vestido que se guarda para siempre
un hatillo de raso e hilos de oro
una promesa: el fuego mantenido,
el gato, la urraca,
el dedal brillando en el costurero.
Nunca quedará nada sin coser.

Mi abuela se murió y nadie se encarga
del vientre de esa casa.
Crecen las hierbas sobre su tejado
trepan raíces desde su raíz.
Pronto la trepará el invierno
con su lengua de hielo áspera,
haya tenido la lumbre más grande
y tantos hijos sanos.

Pero ahí sigue con vida su vestido
iluminando el abandono
del armario sin llave
que jamás se abrirá.

(De *Restos de una ciudad vencida*, Bermingham Editorial, 2015)

EL HOMBRE JOVEN

El hombre joven se muere sin futuro. Había puesto unas cuantas rosas sobre la mesilla: quería un sueño de mujeres cálidas, perfumadas. Pero el truco no sirve: sueña con camposantos plagados de cipreses rectos y profundos.

Todos le dicen que confíe, pero él cada noche le llega el mismo rumor: los cimientos de una nueva obra se cubren de agua y nadie puede sacarlo de allí.

El penúltimo día su madre le lleva de la mano a la ventana (necesita otra vez la mano de su madre). Ve los jardines cuadrículados sin una sola flor, nada más que setos y arbustos blanquecinos que siguen el curso geométrico del inútil amor por lo perfecto. Pide ayuda para escapar. (Necesita otra vez la mentira de la madre: más tarde).

El último día la gente entra y sale rezando. Preferiría no tener que escuchar este anticipo, pero no puede hacer nada por los de fuera. Tiene que conformarse. Alguien le acerca entonces la comida, le dice algo sobre mañana. Le

prometen una sorpresa.

Mañana, es lo último que escucha.

(De *Restos de una ciudad vencida*, Bermingham Editorial, 2015)

TRAPECIO

Suerte a veces del roce de tu mano

al temblor del abismo.

Pero ya no te necesito.

Soy el viento, delgado como aquella sombra

sobre la cuna.

Ni una caricia sólida: yo soy el viento.

En el suelo, pisadas de fantasmas:

la infancia y su sepelio.

Soy el viento en el balancín.

La pirueta de las corrientes eléctricas.

La pirueta de las corrientes eléctricas.

Y tú me has traído hasta el precipicio

creyendo que soy frágil.

No sabes que he conocido más de mil tipos de muerte.

Los dedos de mis pies siguen cosidos
a la tierra, y no me asusta el vacío.
Sobra tu mano.
Lo que tendrás de mí:
una ráfaga, como después de un beso
algo que vibra.

(De *Restos de una ciudad vencida*, Bermingham Editorial, 2015)

EN PREVISIÓN

Si se quemara esta casa
(hoy mismo, esta noche, en este instante)
salvaría primero la cesta con el pan.
Al menos comer bien mientras hablamos
de cuanto se ha perdido.
¿Acaso no termina todo
de la misma manera?
Cosas desaparecidas que no pueden traerse
más que hablando sobre ellas
con alguien que se compromete a creernos,
su olor carbonizado durante mucho tiempo
confundiendo el recuerdo de los supervivientes.

La vida es esta casa que se quema despacio

un incendio recreado y nosotros ingenuos
salvando lo accesorio y lo visible
por no tocar, por no arriesgar nuestros anillos.

Desde lejos se ve el faro sin luz
del despropósito.

(De *Restos de una ciudad vencida*, Bermingham Editorial, 2015)

VISTAS

Siempre veo el mismo paisaje
como si no me hubiera retirado
jamás de esa ventana, de su marco de astillas
que cortan mi piel en tiempo pasado.

Tienen las cosas el acento feo
de la traición. Aunque lo sé, no puedo
dejar de ver ese horizonte.
La ventana está abierta en mi retina.

Es lo triste de llegar pronto
al corazón del paraíso:
el sol aún no ha salido
los días tienen esa preforma tortuosa

y sin nombre. Tú crees que tocas
la seda de un vestido,
cuando no hay más que alas de murciélago.

Esta ventana necesita un velo
un párpado, una tapia.
No ser más que la continuidad de la pared.
Mis ojos sin memoria.

(De *Restos de una ciudad vencida*, Bermingham Editorial, 2015)

DETENIDO

Para apreciar el movimiento
real de las cosas, es necesario
comportarse como si se estuviera
al margen y no sirvieran las leyes
de este mundo.

Entonces, cuando el estruendo
se percibe, y el milagro,
es cuando, urgente,
crece la palabra. Esta palabra.

(De *Restos de una ciudad vencida*, Bermingham Editorial, 2015)

FERIAS Y FIESTAS

(Nuevas fórmulas de vacío)

La calle está sembrada de borrachos con los brazos encarnados.
Piden el auxilio de la claridad, al alba que tarda en establecer su
[hora más frágil.

Ahí están, cabeceando como si les hubiera pillado sin agallas
el océano rojo del vino.

Yo voy contándolos, fumarolas al final de la batalla,
orantes sin rodillas, largo rosario musitado al compás
del hipo y el olvido.

Tenía otros proyectos para ti pero ahora eres uno de ellos:
quieres probar también el escozor de la piel desollada, los codos
y los pómulos abiertos hasta olvidarte
de lo que prometimos no ser.

Mañana será otro día, es el título de tus cavilaciones.

Otro día con otra vuelta
de sogas a tu cintura.

Pero ahora es de noche

y te brindas este placer de estar

en el asfalto a la espera de tu antigua conciencia

la que dice de ti una línea de números, una letra mayúscula

un portal y, para tu desgracia, una incompleta biografía.

En este campo de cadáveres, esta bahía tomada por el invisible

[ejército

de los habitantes de las cavernas, comienza a establecerse el sol.

Y a curar.

El retroceso es inevitable.

(De *Restos de una ciudad vencida*, Bermingham Editorial, 2015)

SECO

Aquí las rosas no se cortan.

Se las deja morir sobre su tallo

y se quedan erguidas

más allá su muerte natural.

El viento que se atreve a atravesarlas

las hace hablar como abejas furiosas

y desprende de su cabeza

los pétalos que en otro tiempo

fueron cálidos corazones,

las carolas viejas abandonadas,

enfermas y dementes

que no recuerdan.

Nosotros las miramos morir desde lejos

tendidos en el viejo barandal

que nos mancha las membranas del óxido

encallecido del recuerdo.

La miramos sin hacer nada:
un coro de minúsculos botones
con la cabeza vuelta hacia la tierra
deseando el olvido.

Y somos incapaces de verlas sin rencor,
como si en su estructura se guardara la clave
de lo que habríamos llegado a ser
si las hubiéramos cortado antes.

(De *Ganarse la vida*, Ediciones Hiperión, 2018)

PASA LA GLORIA POR EL MUNDO

Durante todo el día su nombre deslumbró
en los diarios digitales,
en algunos periódicos baratos,
en las bocas de varios conocidos.

Aunque pasó enseguida a los despojos

Del borde de la página:

noticias anteriores, hemeroteca, olvido.

Porque la muerte es una noticia pasajera.

(De *Ganarse la vida*, Ediciones Hiperión, 2018)

FOTÓGRAFA CURIOSA

(Al acecho. Lo muestra *Vivian Maier, Street photography*)

I

Ve su imagen sobre el agua del pozo

-fotografía con fondo de luna

que la convierte en diosa

del cielo azul de junio.

Luego se mira sobre el río,

Sobre la fuente y la cascada,

en el vidrio tosco de una ventana.

Omite los objetos sin reflejo

para que el mundo deje de ser plano,

un núcleo sólido

con principio y final,

y solo exista su repetición.

II

Acecha a los dormidos en los trenes

que se apoyan, anónimos,

sobre el cristal

y miran a los enjaulados

en las calles de la ciudad tomada.

Quienes se mueven tienen esperanza,

quienes se quedan solo aspiran

a sospechar un destino

que dilate la hora respetable
de la muerte, a defender
sus ojos de la envidia.

III

Los niños posan con vergüenza,
con hambre, confiados, obedientes
seguros de la recompensa
por seguir bien las instrucciones.
Alguno, sin embargo, ya presenta
el tímido reparo a los extraños,
sutil inteligencia que no le servirá
más que para comprobar el mal reparto
de la bondad sobre la tierra.

IV

Buscaba un ejemplo que defendiera
la falta de ambición,
el arte con su final cercenado
más allá del olvido.
No quiso nada que no fuera instante.
Y los cajones de su cuarto
quedaron para siempre abiertos
a los extraños.

V

Ella solo quería sus miradas.

MARZO

La señal inequívoca: los mirlos
insultan a la noche, rompen nuestra ventana
alarmados, traducen nuestro único sueño.

Otra vez veo abrirse la cortina de un cuarto
en el que dos personas
simulan que les queda mucho tiempo.

(De *Ahora soy un pájaro*, Editorial Devenir, 2020)

PATRICIA

En la foto de la desconocida,
de unos quince años,
encuentro la terrible certidumbre
del amor fracasado,
el tiempo que envenena y lo traiciona todo,
hasta la lucidez de la belleza
concentrada en el guiño desigual

de su mirada al sol, en blanco y negro.

Un primer plano con fondo de calle,
el gesto envuelto en un matiz seguro
(hoy será siempre).

Enterrada entre las páginas secas
de un viejo libro de ocasión,
la foto de Patricia abandonada
tiene la gravedad
de una estampa con plegaria de santo
que promete milagros.

El pelo desprendido de su cinta,
sin rastro de sonrisa
como si presintiera su futuro.

(De *Ahora soy un pájaro*, Editorial Devenir, 2020)

MI MADRE ERA UNA MELANCÓLICA

Era una melancólica mi madre.
Nos hacía tomar el desayuno
dando infinitas vueltas a una cucharilla
sin decir una palabra, callados,
pensando en los terribles remolinos
de la taza y en las nubes de ayer
que ya no existirían, transformadas en mar

o en los charcos pequeños
que ocupaban las calles
de otro continente.

No se podía hablar tampoco por la tarde,
cuando regresábamos indigentes
y hambrientos del colegio
y ella nos decía
que ocupáramos solo
las sillas en las que no había nadie.

Nuestra merienda era un trozo de pan
vacío, pero a veces
ponía mermelada y sonreía:
no conviene acostumbrarse al dulzor
(ni al buen tiempo ni a los lugares fijos
ni al nombre de la gente).

Su biblia era un tomo de poemas
que tenía las tapas desgastadas
y el título borrado.
Leía respetando los silencios.

Oíamos las hojas suspirar en sus manos
y a ella consumir las últimas palabras
con ahogo, como si se clavarán
en su garganta,
abandonar el libro el olor de la tarde

(fruta en verano, nieve en invierno)
y hacernos la cena con los suspiros
que aún se le enredaban en los labios
y no se distinguían de los besos.
En la sopa encontrábamos sus lágrimas.
Nos hacía rezar y repetíamos
su plana letanía incomprensible
ya entenderéis cuando seáis mayores,
antes de diluirse por completo.
Desde la oscuridad de nuestro insomnio
la oíamos hablar durante horas
con los desconocidos
que ocupaban las sillas principales
con indigno rigor.

Jamás dormía.

(De *Ahora soy un pájaro*, Editorial Devenir, 2020)